

Fran Laviada

Historias Enanas

Historias Enanas

(119 en corto)



Fran Laviada

COLECCIÓN TRAYECTO BREVE

Presentación

La colección *Trayecto Breve* está formada por una serie de libros cortos, tanto de ficción como de no ficción, y otros en los que se mezcla la fantasía con la realidad en proporciones variables. Textos de corto recorrido, pequeñas historias y escritos breves para aprovechar esos momentos del día que la rutina nos permite un reducido respiro. Libros para rellenar los pequeños huecos que la agitada vida diaria nos regala, y que sería una pena desperdiciar teniendo al aburrimiento como pegajoso compañero.

Esta colección es ideal para esos desplazamientos no demasiado duraderos, en autobús o en taxi que nos llevan de un lado a otro de la ciudad (incluso cuando el taxista eres tú y estás aburrido en la parada a la espera de algún cliente), o cuando el tren de cercanías o el metro nos transportan al trabajo, quienes tengan la suerte de tenerlo en estos tiempos en los que el desempleo campa a sus anchas.

Los textos de cada libro aportan un sencillo entretenimiento en forma de lectura para aprovechar las tediosas colas que soportamos

cuando queremos sacar las entradas para el espectáculo artístico de moda o para ver actuar a nuestro cantante favorito. También como calmante literario en la sala de espera en nuestras consultas médicas o en la cita con el tantas veces temible dentista, incluso la inevitable visita diaria al servicio (en algunos casos, varias veces) en el que el tiempo se puede hacer eterno cuando el estreñimiento hace acto de presencia y es en esa circunstancia cuando se hace necesaria la mejor compañía teniendo algo a mano para leer.

Siempre hay algún momento del día libre, aunque tan solo sean cinco minutos, para sumergirnos en historias auténticas o inventadas que estimulen nuestra imaginación y de vez en cuando poder viajar a otros mundos más interesantes, aunque sean irreales

En fin, que la rutina diaria siempre suele ser generosa para permitirnos un pequeño desahogo teniendo a mano un libro que nos entretenga. Ya sea mientras esperamos en la cafetería de turno a nuestra pareja, que casi siempre llega tarde, o hacemos lo propio a la salida del colegio aguardando a nuestro hijo, que suele ser es el último en salir. Y también en la peluquería, o en un banco del parque

aprovechando las bondades del clima cuando este se muestra generoso. Y en otras muchas ocasiones en las que necesitamos matar el tiempo, antes de que él, nos liquide a nosotros utilizando siempre el recurso salvador de la lectura.

La colección *Trayecto Breve* está pensada para esos lectores adictos que necesitan su chute diario de evasión, más o menos literaria en forma de lectura ligera sin más pretensiones y que están deseando que alguien les cuente algo entretenido. Y leer es una actividad que se puede hacer en casi cualquier lugar, tantos como se pueda uno imaginar con la independencia absoluta que otorga no necesitar compañía para la lectura y si además el libro es en papel, con la garantía total de que el producto es prácticamente indestructible, excepto para el fuego, porque hasta se puede leer un libro mojado, eso sí, con cuidado al pasar las hojas para que estas no se rompan.

Al final se trata de leer, donde sea y como sea. A partir de cinco minutos y de ahí en adelante, aunque haya que hacer al cabo del día varias pausas para luego volver a retomar el hilo del texto, sobre todo cuando este nos engancha.

El objetivo principal del autor ha sido tan solo tratar conseguir que los textos que vienen a continuación hayan servido para hacerle el día un poco más divertido a los lectores.

¡Muchas gracias a todos los que lean este libro en particular y en general a todos los lectores de la colección *Trayecto Breve*!

Introducción

Dice el refrán aquello de que *lo bueno, si breve, dos veces bueno*, de ahí el propósito de este libro, en el que se ha pretendido de forma muy sencilla, contar pequeñas historias, procurando que el lector disfrute de diminutas lecturas que le aporten momentos (aunque sean cortos) de entretenimiento para llenar esos huecos libres (a veces insignificantes) que muchas veces la rutina diaria nos proporciona a los seres humanos, mientras se apiada de nosotros para dejarnos algún instante de sosiego.

Textos, cuyo reducido contenido pueda ser dosificado al gusto personal de quien los lee, como cucharadas de azúcar en el café.

Si una historia no engancha, lo bueno que tiene es que dura poco, y si por el contrario gusta (y ese es el reto del autor), siempre dejará un buen sabor de boca para leer la siguiente.

El deseo de quien escribe es haber hecho honor al refrán mencionado, y en cuanto a la brevedad, lo ha conseguido (eso ha sido fácil), en lo referente a la calidad, el asunto, es más complicado y su valoración ya es algo que queda supeditado a la opinión (objetiva, esperamos) del lector.

Por último, indicar que se ha utilizado en la mayoría de los contenidos escritos en este libro, el formato de Microrrelato, con independencia de otros breves textos que se pueden catalogar de forma diversa, o incluso ser inclasificables, pero que siempre tienen como objetivo contar algo y que en definitiva son un medio de expresión en forma escrita que el autor utiliza para comunicarse con los lectores en un ejercicio de imaginación, para que la creatividad se manifieste de la mejor manera posible y vuele a su libre albedrío.



Cuando soy capaz de tomarme un pequeño respiro y me pongo a pensar en el misterio de la existencia, es en realidad, cuando me doy cuenta de la inmensidad del Universo, en contraste con la insignificancia del ser humano y es en ese preciso momento, cuando me siento como un diminuto punto perdido en el espacio interminable de la Creación.

Fran Laviada

En un aeropuerto cualquiera...

Por mi profesión he de estar continuamente viajando y me paso media vida en los aeropuertos (aunque no me quejo, por fortuna mi actividad laboral está muy bien pagada, pero por motivos relacionados con el secreto profesional no puedo contar aquí a qué me dedico), por eso ya estoy muy acostumbrado a que mi vuelo se retrase por diversas causas, desde *razones operativas*, que son la excusa más habitual de las compañías (en las que yo he volado habitualmente así es) hasta una variada gama de *condiciones climáticas adversas*, que también se suelen utilizar con frecuencia para justificar la demora que se produzca.

Habituado pues a los daños colaterales de mi trabajo y una vez que miré el reloj para cuantificar el tiempo de espera aproximado que me quedaba para coger mi vuelo, me dispuse a curiosear en el kiosco del aeropuerto entre la gran cantidad de libros que había a la venta. Uno de ellos, iba a ser mi principal herramienta de diversión para combatir el tedio de la demora.

Siempre tuve claro que cuando viajas solo (que es mi caso), no hay mejor compañía que un buen libro, salvo que la suerte se presente

en forma de belleza femenina que te haga todavía más agradable la espera que con la lectura y puedas establecer con ella una motivadora conversación, que nunca sabes que te puede deparar, ya que el amor (o algo parecido) a veces aparece en los sitios más insospechados y más alejados de tu lugar de residencia, aunque a fuerza de ser sincero es muy poco probable que se dé la circunstancia indicada, a mí por lo menos no me ha sucedido nunca, a pesar de que ya llevo muchos años viajando, pero bueno, a veces la vida te da sorpresas...

Volviendo al libro, ya tenía un par de títulos seleccionados y estaba dudando sobre la compra a realizar, ya que ambos tenían un argumento que me interesaba, pero al final opté por el más extenso (era más caro, pero merecía la pena), porque si la prórroga de mi vuelo alcanzaba una duración excesiva (nada tendría de extraño), la ración extra de evasión me mantendría por completo a salvo del cansino aburrimiento. Está claro que la experiencia, te obliga siempre a ser precavido.

Cuando me disponía cómodamente sentado a iniciar la lectura del libro recién adquirido, me encontré que en el asiento de al lado de la sala de espera en la que me hallaba, había una

especie de diario con tapas negras sin ningún nombre exteriormente visible, ni en la portada ni tampoco en la contraportada. Pensé que alguien se lo habría dejado olvidado, y que posiblemente retornaría a buscarlo en el momento que se hubiera dado cuenta de su descuido. Así que yo a lo mío, me zambullí en la interesante lectura que me iba a deparar mi reciente adquisición cultural.

Fui poco a poco metiéndome en la historia y como soy de *lectura rápida*, en especial cuando algo me gusta, llegué muy pronto a la página cincuenta, cada vez más entusiasmado con lo que estaba leyendo. Había hecho una excelente inversión, el libro era realmente bueno. Miré el reloj y todavía faltaba mucho tiempo para la hora prevista de mi vuelo, así que continué enfrascado en la lectura, pero en ese momento me di cuenta que el diario de tapas negras seguía en aquel asiento, abandonado por su propietario, que lo más seguro, volaba ya a muchos kilómetros de distancia sin haberse percatado de que su pertenencia en forma de manuscrito, había quedado abandonada a su suerte en la inmensidad del gigantesco aeropuerto.

Si era un diario, supuse que algo habría escrito en él, pero hasta ese momento no me

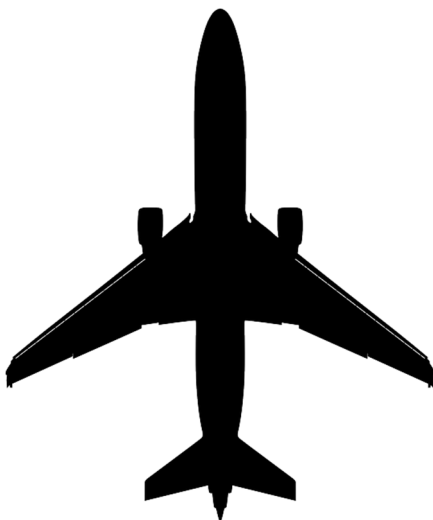
picó la curiosidad (por lo menos, la que sentía era domesticable) de abrirlo y mucho menos de leerlo, también en cierta medida, para respetar la intimidad de su propietario.

Seguí a lo mío, pero a pesar que la novela que tenía en mis manos me había absorbido por completo, tan solo leí cinco páginas más, ya que al final no pude resistir la tentación de iniciar el *figoneo* sobre aquel minúsculo ejemplar, para ver que escondía en sus entrañas y que en principio, como ya dije, catalogué como diario, aunque podía ser también una agenda o incluso un libro (o proyecto de él), como a continuación pude comprobar cuando levanté la tapa y me encontré con una cantidad de pequeñas historias escritas, dicho sea de paso, con una caligrafía perfecta y una ortografía impoluta (eso al menos, fue lo que a mí me pareció), por alguien que posiblemente tenía vocación de escritor (o ciertamente lo era) y que casi con toda seguridad, se iba a lamentar mucho de su pérdida cuando se diera cuenta de la misma y que en el peor de los casos y por desgracia para su propietario, quizá no habría tomado la precaución de hacer una copia de sus escritos, y ante eso, la única forma de recuperarlos es que los tuviera archivados en su cerebro

haciendo gala de una excelente memoria (no sabía en aquel instante, si el autor del manuscrito era poseedor de tal cualidad), ya que tampoco había tenido la precaución de dejar su nombre y dirección en aquel cuaderno con tapas duras olvidado a su suerte (una especie de desaparecido hijo pequeño en forma de diminutas historias tejidas a base de experiencias vitales, o tan solo de ficción, algo que más tarde fui descubriendo cuando leí la totalidad de la obra), y en esa situación, yo habría podido mandárselo por correo, ¡qué menos!, era suyo y si supiera cuales eran sus señas, sin duda alguna se lo habría devuelto, lo más rápido posible, aunque en su momento el desarrollo de los acontecimientos me permitió hacerlo después de haber pasado cierto tiempo, como se podrá comprobar más adelante.

El autor no le había puesto título a su obra (o quizá no tenía intención de hacerlo), y yo aprovechándome de la casualidad de su hallazgo la bauticé como *Historias Enanas* (incluso lo hice antes de leer su contenido, ya que al echarle un simple y rápido vistazo, pude comprobar de que iba el asunto) incluso me atreví, para hacerlo *oficial*, a poner ese título que había imaginado, de mi puño y letra en la

primera página (y en ese momento pensé que si el *padre de la criatura* algún día se enteraba, no se enfadaría por ello, ¿o sí?), y con la máxima atención puesta en el inesperado hallazgo, comencé a leer...



A las puertas del Cielo

Cuando llegué al cielo vi que la puerta estaba cerrada, llamé al timbre pero nadie abrió, insistí, y nada, o no me oyeron, o no quisieron hacerlo. Esperé con paciencia, pero la puerta seguía cerrada a *cal y canto*, sin embargo, cuando ya me había resignado a quedarme para siempre con la *miel celestial en los labios*, una voz poderosa con rayo de luz incorporado, y que me alumbraba por completo, me dijo:

¡Sigue intentándolo, vuelve por dónde has venido, y procura acumular más méritos para entrar en el Reino de los Cielos, porque con lo que has hecho hasta ahora, no es suficiente! ()*

Inicié el camino de vuelta a casa, con esperanza, pero también, cargando con una enorme decepción, puesto que no había podido alcanzar mi objetivo, sin embargo, mi tristeza se tornó rápidamente en alegría, en el mismo momento que me di cuenta de que seguía vivo.

(*) Algo parecido a lo que les dirán a los pensionistas en el futuro, es decir que sigan trabajando hasta los ochenta años, porque aunque se hayan pasado más de media vida cotizando, si se jubilan a los 65, no les dará ni para poder comprar todos los días el pan.

Adicciones

Lo reconozco y no tengo motivos para esconderme, y mucho menos avergonzarme. Soy un adicto, estoy enganchado al entusiasmo.

Soy consciente de que toda adicción es peligrosa, pero la mía la tengo perfectamente controlada, y cuando el exceso de vehemencia se desboca como si fuera un caballo salvaje, procuro domesticarla con ciertas dosis de desánimo.



Adolescente

El padre muy serio, le dijo a su hijo:

¡*Manolín*, eres consciente de que yo siempre hablo claro!, por eso espero que me entiendas a la primera, y que lo que ahora te digo, no tenga nunca que volver a repetirlo. Ya sabes, que aunque todavía eres menor de edad, no te pongo horario de llegada a casa un sábado por la noche, puedes llegar a la hora que te apetezca, apelo en todo momento a tu responsabilidad, algo que por supuesto doy por hecho, ¡pero Dios te libre de llegar tarde!

¡Sí papá, lo que tú digas, claro como el agua!, le respondió disciplinado el muchacho, al que tan solo le faltó cuadrarse y hacer un saludo militar a su progenitor, que dicho sea de paso, era Teniente Coronel.

¡*Señor, sí señor!*

Amigo-Enemigo

Siempre tuve la sospecha de que *Pepe*, no era *trigo limpio*, a pesar de la amistad que manteníamos desde hacía muchos años. Por eso no me sorprendí demasiado, cuando me enteré, que él y mi novia, me la estaban *pegando*.

Y ahora que la enemistad nos ha separado para siempre, estoy tranquilo, pues siempre es preferible tener un enemigo declarado que un amigo sospechoso.



Amor, es querer

Llegué a casa justo a tiempo, para evitar que ella se fuera. Tenía la maleta en la mano, y la puerta ya estaba abierta.

Le pregunté angustiado por el motivo de su marcha, me respondió de forma contundente, que yo no tenía ni idea de lo que era el amor, y que la decisión estaba tomada. Cualquier empeño por mi parte para convencerla parecía inútil, no obstante, lo intenté, tenía que pensar rápido y actuar a toda velocidad, le pedí tan solo unos minutos y que me escuchase con atención.

Esto fue lo que le dije:

“Amor es querer ser escultor para darle forma a la piedra con la silueta de tu cuerpo.

Amor es querer ser reloj para apoderarme de todo tu tiempo.

Amor es querer ser flecha para atravesar tu corazón.

Amor es querer ser astronauta para subir a la Luna, robarla, y ofrecértela como el más preciado de los regalos.

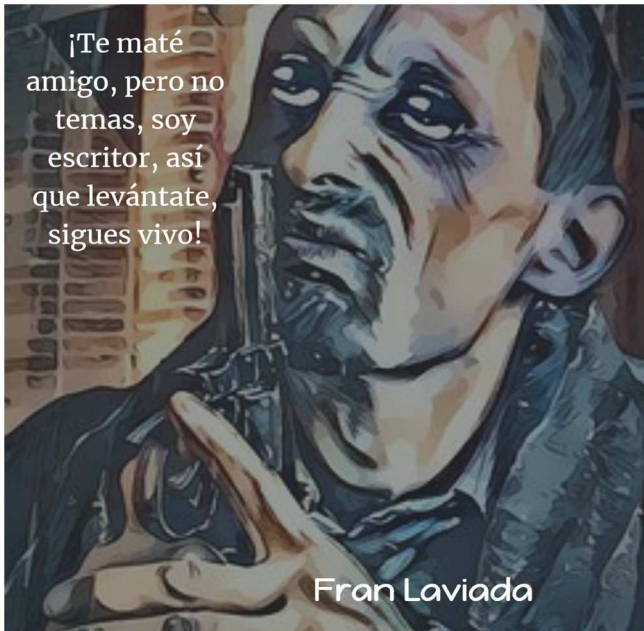
Amor es querer tener la sabiduría necesaria para poder interpretar siempre la luz de tu mirada.

Amor es querer ser poeta para saber escribirte versos de sublime melodía.

Amor es querer...”

De repente la puerta se cerró, y la maleta seguía dentro del apartamento.

¡Bendita inspiración!



😊 ¡Leer, es vivir! 😊
www.franlaviada.com